

Olga Belmonte García, *Víctimas e ilesos. Ensayo sobre la resistencia ética*, Barcelona: Herder, 2022

Ante el reconocimiento del mal moral en el mundo solo existe una respuesta válida, a saber: «hacer justicia con las víctimas». Decidir lo contrario, es decir, someterlas a la indiferencia, al ocultamiento o a la justificación, supone tanto como incurrir en la complicidad con su sufrimiento. Esta es la premisa que guía el nuevo ensayo que nos presenta Olga Belmonte García, en el que nos invita a dirigir nuestra atención a los problemas filosóficos que rodean a esas víctimas «que lo son porque alguien las ha convertido en víctimas» (p. 15) y a quienes, por tanto, les conviene el nombre de víctimas «morales» o «evitables». Ahora bien, aunque su planteamiento toma como centro de gravedad la consideración de las víctimas, también contempla seriamente las obligaciones éticas y políticas que la reparación de su sufrimiento eleva al resto de las figuras implicadas con su situación, así como las dificultades que enfrentan para asumirlas. Nos referimos a la responsabilidad de los victimarios y, sobre todo, a la de quienes componen lo que la autora bautiza en una buscada alusión a Améry como la «comunidad de los ilesos», o sea, la reunión «de los espectadores y de quienes heredan como sociedad lo ocurrido, sin ser familiares de las víctimas» (p. 33). De ahí que lo que nos espera en sus páginas sea, ante todo, la muestra de un firme compromiso con el deber inexcusable de responder a la llamada de las víctimas, amparado en la vocación de cultivar una «resistencia ética, que nos previene de caer en la inhumanidad» (p. 16). Este es el motivo por el que, de acuerdo con Graciela Fainstein, su prologuista, es menester insistir en que la obra ante la que nos encontramos «no es un tratado de ética (aunque hay una fuerte propuesta ética en él); es algo más, es un libro necesario, un libro urgente» (p. 14).

Víctimas e ilesos merece el título de lectura imprescindible precisamente por la solemnidad del tema que aborda, pero también por la ponderación y por el cuidado con el que se acerca a los relatos y a los silencios de las víctimas, que son atendidos desde una disposición a la escucha y no como la materia prima de un mero análisis científico o académico. El gesto de situar en el centro la voz de las propias víctimas marca una importante distancia con otras aproximaciones a esta cuestión, clásicas y contemporáneas, que subordinan el sufrimiento de las víctimas a la confianza en el advenimiento de un bien mayor. Con ello, Olga Belmonte asume la «difícil tarea de comprender lo que ha ocurrido en el pasado –y a veces sigue ocurriendo en el presente–, sin justificarlo, sin pensar que en el fondo hay algún bien» (p. 23). Por esta razón, frente a nombres propios como los de Hegel o Nietzsche, quienes tejen el sostén filosófico

de la autora son en cambio algunos de los representantes más ilustres del pensamiento judío del último siglo, de quienes, por cierto, se confirma como una amplia concedora. Resulta pertinente reconocer, sin embargo, que las reflexiones nacidas al calor de los escritos de Arendt, de Lévinas, de Améry o, muy especialmente, de Rosenzweig, a cuyo estudio se ha dedicado pródigamente desde su tesis doctoral, se intercalan con pretendida prudencia entre los testimonios de las propias víctimas. Este continuo retorno a la voz de las víctimas es un fiel reflejo de la preocupación por evitar usurpar el lugar que les corresponde y, a su vez, una muestra del «pudor reverencial» que debemos profesar a sus vivencias. De manera que sirve también como un recordatorio constante de que «[n]adie puede adueñarse del sufrimiento del otro, pero sí podemos asomarnos a él y quizá tratar de repararlo de algún modo» (p. 35). El presente ensayo busca resolver este delicado equilibrio inclinándose en favor de una comprensión de la filosofía como plegaria, que exige que nos asomemos con una humildad reverencial a esos relatos en primera persona, pues «[l]o que se busca en ella no es una explicación definitiva, un sistema cerrado, sino un sentido y nuevos caminos que recorrer, sin más señales que las nuevas encrucijadas que se nos presentan» (p. 21).

La proximidad con los testimonios de las víctimas es un recurso particularmente reconocible en la primera parte del libro, que es la que está propiamente dedicada a las víctimas morales. La rúbrica que da nombre a estas secciones, «Testimonios del horror», conviene plenamente tanto al contenido de las experiencias que se recogen como al gesto que opera la autora, que se retira discretamente para conceder mayor protagonismo a las palabras de las víctimas. Sus confesiones se erigen como la única vía posible para atisbar la gravedad del atentado contra la dignidad encarnado en la violencia ejercida por el victimario, que impone a la víctima «el sentimiento de que el mundo es un lugar inhóspito» (p. 40). La vivencia de dicha tortura se traduce en la expulsión de su hogar existencial, en una «ausencia de patria» que va más allá de lo estrictamente topográfico, conducente hacia la desconfianza en el mundo y hacia la deshumanización. Lo cual nos obliga a mantener presente que «[l]a resistencia de la víctima se produce por el mero hecho de mantenerse viva, recordando que posee humanidad» (p. 42).

Uno de los momentos más notables de la obra que nos ocupa es precisamente la exploración de la relación entre la condición de víctima y la noción de «ausencia de patria». Esta fórmula encierra la experiencia de un desarraigo existencial, definido por

una inhospitalidad y una hostilidad impuestas hacia el mundo y hacia los otros, que puede adoptar una multiplicidad de facetas, lo cual redundaría en la necesidad de atender singularmente al sufrimiento de cada víctima. El ensayo profundiza en esta noción a través de tres de los sentidos en los que se puede manifestar. La privación de una patria física, por un lado, remite a la dimensión espacial de la expulsión del mundo. La reclusión en campos de concentración, la condena al éxodo forzado o la invasión física del cuerpo de la víctima, particularmente flagrante en el caso de las víctimas de abuso sexual, son algunas de las experiencias más reconocibles de esta pérdida. La ausencia de una patria lingüística o de sentido, en cambio, hace alusión al «abismo entre el lenguaje y su herida» (p. 48), esto es, a la imposibilidad de tasar en palabras la intimidad de su dolor. Este destierro, que puede incluso manifestarse como un abandono de la fe, es sin duda el principal desafío hermenéutico al que se enfrenta *Víctimas e ilesos* en su intento por hacer justicia con las víctimas y que, de un modo muy significativo, pretende sortear abogando por una disposición atenta a la escucha que acoja una comunicación auténticamente «con-movedora». Además, el cultivo de esta actitud aspira a servir como una forma de favorecer activamente la reconciliación de las víctimas con esa «patria humana» de la que también pueden sentirse expulsadas.

La mayor virtud del planteamiento de Olga Belmonte en este punto reside en su capacidad para poner en palabras, siempre en compañía preferencial de testimonios en primera persona, el desgarramiento que sufren muchas víctimas a través de la metáfora de la patria. Este ademán conduce a quienes se embarcan en la lectura de su texto a forjar una relación de empatía con los relatos de las víctimas, aunque, por supuesto, desde la humilde conciencia de que dicho acercamiento es irremediablemente insuficiente porque sus respectivas vivencias les pertenecen exclusivamente a ellas. Ni siquiera sería posible hablar en propiedad, de hecho, de «víctimas», dado que «son personas concretas, no representantes de una determinada categoría abstracta» (p. 56) y, en esa medida, sus experiencias son únicas e incomparables. Tanto es así que el amor al desdichado comporta rescatarlo del anonimato al que le condena una fórmula tan indeterminada para procurar «mirarlo de tal forma que se lo reconozca como el ser único que es, semejante a mí, pero marcado por la desdicha» (p. 122).

Lo sagrado, la singularidad de cada víctima y de sus vivencias, comparece como la asíntota que vertebra un libro inevitablemente escrito, además, desde la mirada de la comunidad de los ilesos. No es casualidad que las tareas éticas que la definen, a saber, atender «a la voz de las víctimas y no dejar que se

olvide su experiencia», así como «asomarse también a la lógica de los verdugos» (p. 138), coincidan con el índice desplegado en *Víctimas e ilesos*. De tal manera que este ensayo no se limita simplemente a mostrar los caminos de la resistencia ética, sino que al tiempo que lo hace se embarca asimismo en su recorrido. Con ello, Olga Belmonte consigue dar continuidad a una ocupación que, por otra parte, como ella misma nos enseña, «no llegará por sí sola, por el mero paso del tiempo, hay que realizarla amando, con la esperanza de que se cumpla» (p. 130). Y es que, precisamente por el hecho de que a las víctimas nos une una deuda imposible de restituir o de saldar, debemos actuar con-movidos por el sufrimiento ajeno. Más aún si tomamos en consideración que esta respuesta, que se formula necesariamente en primera persona del plural, nos interpela a hacernos responsables de nuestra herencia y, así, «pone en juego lo que queremos ser como sociedad y la democracia que queremos prometernos» (p. 119).

La promesa de ese horizonte demuestra también que la presente obra guarda una complicidad especial con cierta manera de comprender la filosofía, que denuncia la impotencia de las elucubraciones demasiado elevadas para abrazar «otra forma de abordar lo abstracto, de modo que anime a transformar la realidad y no solo la piense» (p. 19). El lector apreciará las consecuencias de esta decisión, que sin duda anida en el propio tema del libro, en los varios pasajes en los que la autora aprovecha para intervenir en debates sobre cuestiones de actualidad o para entablar diálogo con algunas publicaciones recientes que afectan a su trama de argumentos. La sección dedicada a la «(agri)cultura del odio», en la que considera el proceso de siembra que precede al surgimiento del odio en una sociedad, o el apartado sobre el «victimismo», donde conversa con Daniele Giglioli a propósito de su *Crítica de la víctima*, son ejemplos magníficos de esta faceta de la reflexión de Olga Belmonte.

Por todo lo anterior, *Víctimas e ilesos* se presta a ser leído como el fruto maduro de un ejercicio filosófico de primer orden movido por un compromiso decidido con la justicia. Es quizá por eso por lo que, en lugar de cerrar caminos con respuestas pretendidamente suficientes, prefiere asumir su carácter provisional o de «ensayo», como gusta considerarlo su autora, «animando a iniciar nuevos discursos y conversaciones, desde la filosofía como plegaria y como invitación a la esperanza» (p. 152).

Gonzalo Méndez Castañeda
 Universidad Complutense de Madrid (España)
 E-mail: gomendez@ucm.es
 ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-0604-953X>